

# BUMPER STICKER

Y LA PRINCESA  
EMPLUMADA

ANDRÉS  
DIPLOTTI

Solo tenía que  
llevarla a su planeta.  
¡No imaginaba que  
las cosas se pondrían  
tan calientes!



# Bumper Sticker y la princesa emplumada

Andrés Diplotti

Este libro está a la venta en

<http://leanpub.com/bumper-princesa>

Esta versión se publicó en 2015-01-06



Leanpub

This is a [Leanpub](#) book. Leanpub empowers authors and publishers with the Lean Publishing process. [Lean Publishing](#) is the act of publishing an in-progress ebook using lightweight tools and many iterations to get reader feedback, pivot until you have the right book and build traction once you do.



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0 Unported License](#)

# Introducción

Si usted ha leído mi primer *ebook* autoeditado, *Los colores del molusco*<sup>1</sup>, quizá le sorprenda comprobar que el presente volumen, con un solo cuento, es más extenso que aquel, que incluye diez. De hecho, según los criterios de los premios de ciencia ficción de Estados Unidos, “Bumper Sticker y la princesa emplumada” excede los límites del cuento y cruza al territorio de la *novelette*. La explicación es sencilla: este texto fue escrito hace casi diez años, cuando su autor era joven y vigoroso, capaz de prosas de largo aliento.

“Bumper Sticker...” fue publicado originalmente en la *revista online Axxón de septiembre de 2005*<sup>2</sup>, y se imprimió dos veces en papel: en un anuario de la misma revista (2007) y en el número 2 de *Sensación!*<sup>3</sup> (2009). Esta nueva edición, que incorpora mínimas correcciones y modificaciones, pretende traer el cuento al siglo XXI.

Bueno, a la década siguiente del siglo XXI.

Y, puesto que no ha venido usted aquí a leer introducciones, no le quitaré más tiempo. Disfrute la lectura.

Andrés Diplotti, enero de 2015

---

<sup>1</sup><https://leanpub.com/loscoloresdelmolusco>

<sup>2</sup><http://axxon.com.ar/rev/154/axxon154.htm>

<sup>3</sup><http://revistasensacion.blogspot.com>

# **Bumper sticker y la princesa emplumada**

## 1

Trabajo solo. Esa es mi primera y mi última condición. La segunda y penúltima es que soy libre de comer desnudo en la cabina de mando. Todas las demás circunstancias son negociables, pero estas dos no. En especial la primera. Ya tuve demasiados problemas con antiguos socios y tripulantes como para ser flexible.

Pero no había caso, el fulano se negaba a escuchar razones. Aunque es cierto que no es a escuchar razones que uno llega a una bola de polvo como Famino.

—No pretendo otra cosa, capitán Sticker —insistía. Crespaba las plumas del cuello y limaba con su lengua áspera un grano de alpiste. Era alpiste de Transgenia, parecido a un glombro y casi del mismo tamaño, pero sin las mactilas—. Pero usted debe entender la importancia de este pasajero. Es forzoso contar con un cuerpo de seguridad.

—Usted y su pasajero misterioso me tienen hartos —bufé y puse los pies sobre la mesa para que viera quién estaba al mando. El bioplástico podrido crujió y echó polvo—. ¿Va a decirme de una vez quién es?

—Lo lamento, capitán, pero la identidad del pasajero es un asunto de la mayor sensibilidad.

Tragué sin culpa una buena dosis de cerveza, pagada por el fulano, y quedé mirando distraído las puntas de mis botas. Cuero auténtico de mamarassi. Alguna vez ganaría suficiente para un par de cuero de imitación.

—No quiere decirme quién es el pasajero —recapitulé sin sacar los ojos de las botas—. No quiere decirme cuál es el destino. Pretende que acepte una tripulación que no conozco y que no obedecerá mis órdenes. ¿Quiere responderme una sola pregunta?

—Diga usted.

—¿Qué demonios tiene ese alpiste que le hace pensar que aceptaré el trabajo?

Volvió a poner el grano en el plato roñoso. Tomó un trago de leche de iguana galamita y se limpió los labios semirrígidos. Sus modales estaban fuera de lugar en un local de mala muerte que ni siquiera tenía camarero. Un guronte de pocas pulgas se lo había comido varios epiciclos atrás.

Y hablaba el panglish con un acento curioso. Se parecía al que los nativos de la región de Comeida están obligados a usar para ser identificados y evadidos. Pero el acento obligatorio de Comeida se parece mucho también al de la oficial de la nebulosa de Giribalte, y ambos se confunden con la tonada de curso legal del cúmulo estelar Pupasa.

Pero yo no entiendo mucho de acentos. De todas maneras, lo que dijo se habría entendido en cualquier idioma:

—Estoy en condiciones de ofrecerle cincuenta mil cuasarios por sus servicios.

La respuesta también fue universal. Aunque fue difícil pronunciarla sin que la cifra me atragantara:

—Quiero setenta mil. Y tendrá que darme la mitad antes de

salir.

—¿Tenemos un trato entonces?

El fulano no me gustaba. No tenía nada que hacer en aquel lugar. Se le veía en las manos arregladas y en el prolijo copete de plumas rojas que le adornaba la cabeza. Era seguro que ocultaba algo. Más seguro era que me metería en problemas.

Pero el dinero no huele. Especialmente cuando uno no tiene mucho para oler.

—Tenemos un trato.

—¡Excelente! —Sacó con la punta de la lengua la última porción de endosperma y dejó los restos en el plato. Nunca vi a nadie tan refinado para comer a lengüetazos—. Iré ahora mismo a encargarme de los preparativos. Debemos partir cuanto antes.

Lo vi marcharse, caminando con demasiada elegancia. Pulsé inmediatamente un botón del pulsocomunicador de mi antebrazo.

—Globo, ¿me oyes?

—*Lo oigo, jefe.*

—¿Cuánto es setenta mil cuasarinos?

—*El cuasarino es la unidad habitual de intercambio en el sector Omega 3. Setenta mil cuasarinos equivalen a noventa y cinco mil doscientos daktaris, setecientos sesenta y ocho lucardones imperiales y tres octavos, treinta y dos coma*

*dos cinco nueve fangotts, ochenta y tres millones seis mil doscientos diez misérrimos...*

—En auríes, artefacto inservible. ¿Cuántos auríes son?

—*Según el cambio vigente, catorce mil ochocientos treinta coma cincuenta y dos auríes.*

¡Casi quince mil auríes! Nunca me habían pagado más de seis o siete mil por llevar pasajeros. Tenía que ser alguien condenadamente importante. Pero, ¿a mí qué me importaba? La cuestión era que pagase.

—Prepara a Betty, montón de basura. Nos vamos.

—*Betty ha estado mucho tiempo en dique seco, jefe. Habrá que hacer algunos arreglos antes de partir. Y no olvide que el señor Sarnax ya no le da crédito.*

—¿Cuál es el problema? Nos darán la mitad del dinero como adelanto. La mitad de quince mil son unos... Veamos...

—*Siete mil quinientos auríes.*

—Sé cuánto es. No necesito que me lo digas.

—*Siete mil quinientos auríes apenas son suficientes para saldar la cuenta con el señor Sarnax. El resto no alcanzará para las piezas necesarias.*

—¿Tengo que decirte yo todo, máquina idiota? Paga la cuenta y después compra las piezas a crédito.

—*Entendido, jefe.*

Era para celebrar. Fui hasta la barra y pedí una burbuja de adratea. El desgraciado del vendedor se negó a darme



crédito. Intercambiamos insultos hasta que tuve que sacar los últimos cuarenta auríes que llevaba encima. Cuarenta por una adratea de cuarta, qué robo.

Pero la ocasión lo valía. Al final de este viaje, descontando los gastos, me quedarían por lo menos seis mil auríes limpios con los que pasar un tiempo. Estaba muy bien.

No. No estaba bien.

—Globo —volví a activar mi pulsocom—. Globo, ¿estás ahí?

—*Siempre estoy aquí, jefe.*

—¿Cuánto van a costarnos esas piezas?

—*El sistema informático del señor Sarnax me ha pasado un precio total de mil cuatrocientos auríes.*

—Olvida la cuenta. Paga las piezas al contado y nos vamos. No volveremos a pisar este planeta mugriento.

—*Entendido, jefe.*

Ahora sí estaba muy bien.

## 2

En Famino no hay nada que se parezca a un puerto espacial. Solamente algunas explanadas naturales donde el suelo no es tan blando como para que una nave se hunda, ni tan duro como para hacerle mucho daño si se estrella. Hay quien llega a uno de esos lugares, improvisa un depósito y una cantina y lo llama puerto.

No dije que no hubiera puertos. Solamente que no había nada que se pareciera a uno. Pero habría que verlo para entenderlo.

Ya de lejos distinguí la figura de mi Betty. Mi noble y leal Betty. Nunca hubo ni habrá ninguna igual. Me daba tristeza verla echada a la intemperie, soportando el viento y el polvo. Los días ardientes y las noches heladas. Pero eso estaba por terminar. Pronto volveríamos a navegar juntos entre las estrellas.

Los dos nacimos a destiempo, eso está claro. La nuestra debería haber sido la época de aventuras y romanticismo de millares de sínodas atrás, cuando los hombres se lanzaron a la conquista de la galaxia. Al mando de poderosas naves, los que tenían el coraje de afrontar el reto soñaban con las delicadas princesas, las vigorosas Amazonas y las sacerdotisas enigmáticas que los esperaban con los brazos abiertos.

Aquellos eran tiempos en que todo estaba por descubrirse. Y lo primero que descubrieron fue que sacerdotisas no

había por ningún lado. Amazonas, menos. Princesas, ni para repuesto. A medida que colonizaban sistema tras sistema, toda la vida que encontraban era musgo, líquenes y moho.

Pero esos hombres tan decididos no se dejaron desanimar. Tomaron los musgos, los líquenes y los mohos y se pusieron a manipular, podar, injertar y combinar sus genes hasta que tuvieron algo adecuado para dar rienda suelta a sus bajos instintos. Hoy los resultados están a la vista en la enorme variedad de formas de vida inteligente y no tanto que puebla la espiral galáctica.

Pero yo no entiendo mucho de historia. Y de todos modos, esa época en que los hombres desparramaron su semilla por el cosmos ya quedó muy lejos. Ahora las cosas son diferentes. Muy diferentes.

Aún me faltaba andar unos cuantos cientos de radios cuando vi el movimiento. Varios mecanos cargadores subían y bajaban por las rampas de carga de Betty. ¿Qué estaban haciendo? Apuré el paso. Algo no estaba bien.

Me topé con otro mecano antes de llegar. Este no era un cargador. Parecía más bien un caso grave de hidrocefalia con dos piernas tubulares encajadas en las orejas. Tenía algo que quería ser una cara, pero se perdía entre las puntas y muescas de las herramientas.

Llegaría el momento en que me hartaría de su aspecto de piñata de segunda mano.

—Los arreglos están casi listos, jefe —me informó. Una de

sus membranas osciladoras chasqueaba al hablar—. Estaremos en condiciones de partir en tres horologios.

—¿Qué magnetares está pasando, Globo? ¿Qué hacen esos cargadores?

—Suben la carga.

—¿Carga? El plumero no dijo nada de ninguna carga.

Echó unos pitidos. Después dio media vuelta y volvió a la nave.

—Debo terminar con los arreglos —dijo.

Cobarde. Tendría que averiguar yo solo lo que pasaba. Me apuré por seguirlo.

Dos matones me cortaron el paso a punta de rifle.

—No puede pasar.

—¡Soy el capitán! —protesté.

Uno de ellos intercambió unas palabras por su pulsocom y me dejaron seguir. Tener que pedir permiso para acercarme a mi propia nave era un ultraje. Ya me escucharía el plumífero en cuanto lo encontrara.

Había varios otros matones armados dando vueltas, mirando de un lado a otro como aguilinces teloptíes. Eran humanos normales. Tan normales, al menos, como se los ve en estos tiempos: dos brazos, dos piernas, entre uno y tres ojos. Uno tenía púas en la cabeza. Estaban uniformados con armaduras livianas de escamas con forma de hojas de árbol.

Si hay un solo árbol en todo Famino, que me cuelguen de él. Aquí pasaban cosas muy extrañas.

Los mecanos cargadores no dejaban meter más y más cosas en las bodegas. A la sombra de una rampa vi una muchacha, custodiada por dos de los matones. Su ropa era totalmente inadecuada: un vestido azul con muchos volados y mangas blancas muy anchas. Cuando me acerqué vi que no eran mangas, sino plumas.

—Eh, tú, la del copete blanco —la llamé—. ¿Dónde está tu padre, el de copete colorado? Quiero hablar de unos asuntos con él. —Se me ocurrió que si realmente esa era su hija, él querría hablar de unos asuntos con su esposa.

Ahora fue el turno de estos matones de apuntarme con sus rifles. La muchacha abrió muy grandes los ojos y se puso a chillar.

—¡Cardenal! ¡Este implume me está hablando!

El cardenal resultó ser el fulano de copete. Llegó a la carrera con todo su plumaje alborotado.

—¿Qué ocurre aquí? —Me miraba a mí, como si fuera yo el que hacía el escándalo.

—¡Nada! Solo le pregunté a la muchacha dónde podía encontrarlo.

—¡Muchacha! ¡Me llamó muchacha! —La loca parecía a punto de desmayarse.

—¡Cómo se atreve! —El cardinal me fulminó con la mirada—. Es Su Alteza Real para usted, pedazo de ignorante. Alteza,

le ruego que disculpe la impertinencia del capitán Bumper Sticker. Él es quien nos llevará a nuestro destino.

—¿Capitán? —La escandalosa me miró de arriba abajo, como si estuviera examinando un surubí mandorreano en un mercado—. No se parece a ningún capitán que yo haya conocido. ¿Su rango está avalado por el Gobierno Galáctico Central o por algún mundo que tenga trato diplomático con Famino?

—¡Claro que no! Soy un navegante independiente. No me llevo bien con las regulaciones.

—En ese caso, es usted un vulgar plebeyo, y no tengo por qué rebajarme a dirigirle la palabra. —Dio media vuelta y se fue, seguida de cerca por los matones.

—Qué simpática —comenté—. Oiga, cardenal, ¿qué es todo esto que están subiendo a mi nave? No dijimos nada de ninguna carga.

—La princesa nunca viaja sin su equipaje.

—Tampoco dijimos nada de ninguna princesa. No me gusta que me oculten tantas cosas. No sé si me entiende.

—Como acordamos, capitán, nuestro destino le será revelado en cuanto sobrepasemos la heliopausa. Por lo demás, cuenta usted con toda la información que necesita.

—Yo no lo creo. Será mejor que se ponga a cantar, porque no despegaremos hasta que me diga lo que quiero saber.

Me crucé de brazos en el sitio, para que viera que hablaba en serio. Podía esperar hasta que se pusiera el sol si era

necesario. Quienes me conocen saben de mi determinación. Ellos la llaman testarudez, pero la cuestión es que saben de ella.

El cardenal se envaró. Me miró como si fuera muy alto y yo un gusano. No me hizo sentir muy mal.

—De acuerdo, lo haré —dijo al fin con rabia—. Por la Divina Yema, capitán Sticker, es usted un chantajista y un bribón.

—Y no me ha visto en mis mejores momentos.

—Bien. Pero por favor, tenga al menos la decencia de no compartir con nadie lo que voy a revelarle hasta que hayamos llegado a destino. Es vital que guarde el secreto.

—Puede contar con eso.

Relajó un poco su copete colorado. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie más estuviera oyendo.

—Quien acaba de conocer es Su Alteza Real la princesa Arpifanía de Perennifol, única y legítima heredera al Trono Planetario de Raravis.

—Es un nombre largo. ¿Cómo le dicen sus familiares?

—La princesa no tiene familiares. Sus padres, el rey y la reina de Raravis, fueron asesinados durante una revuelta cuando ella era muy pequeña. Para ponerla a salvo, la llevamos lejos y le ocultamos su nombre y su herencia hasta que tuviera edad para hacerse cargo de sus reales responsabilidades. Sabrá la verdad durante este viaje.

—¿Sí? ¿Cómo le dijeron que se llamaba?

—Su Alteza Real la princesa Arpivana de Rakitis, única y legítima heredera al Trono Planetario de Famino.

—Se quemaron las plumas pensándolo, ¿eh?

Conque de eso se trataba. Ya había oído hablar un par de veces de la loca que vivía en el antiguo palacio abandonado de Rakitis y creía gobernar el planeta. Pensé que aquel borracho lo había inventado para hacerse pagar tragos.

El cardenal ignoró mi comentario.

—Como comprenderá, la princesa tiene muchos enemigos por el solo hecho de haber nacido. La situación política en Raravis no es más tranquila ahora que en aquel entonces. Por eso debemos verificar la seguridad de la Betty.

—Es señorita Betabelle para usted.

—Como prefiera. ¿Y bien? ¿Ya está conforme con lo que sabe?

—No. Ahora que me dijo todas estas cosas, veo que será un viaje riesgoso. Tendré que cobrarle seguro.

Volvió a hacer lo del gusano.

—¡Bien! Le daré ochenta y cinco mil cuasarinos. Pero ni uno más.

Ojalá todos mis clientes regatearan así.

—Me parece perfecto —dije.

Debí recordar lo que hacen los santos cuando la limosna es muy grande. Pero eso no era una lismosna, era mi arancel. Y, a fin de cuentas, yo no soy ningún santo.



## ***¿Ya se terminó?***

¡Claro que no! Esto es solo una muestra gratis. El resto de la historia estará disponible a partir del 6 de enero de 2015 en Leanpub: <http://leanpub.com/bumper-princesa>. ¡También gratis! Aunque, si lo desea, puede hacer una contribución voluntaria (recomendado: 1,50 USD). El diez por ciento de las regalías obtenidas se donará a la Electronic Frontier Foundation, una organización que aboga por los derechos digitales. Más información en <http://www EFF.org>.